

CAPITULO XLVIII.

AGRAVACION DE LA DECADENCIA IMPERIAL.

El año 1866 fué el año del comienzo de la decadencia por la batalla de Sadowah. El año 1867 fué el año de la agravacion de esta decadencia por la muerte de Maximiliano y la revolucion de Garibaldi. El año 1868 fué el año en que comenzó materialmente la ruina por la revolucion de España, mecha lanzada sobre los combustibles de Europa; y por las concesiones liberales, muestra evidente de la impotencia del poder personal y abdicacion suicida de todos sus privilegios. El año 1869 fué el año de la derrota moral en el interior á causa de las grandes agitaciones que trajo el plebiscito y de los grandes escándalos que trajo el crimen del príncipe Bonaparte; y el año 1870 fué el año de la derrota material en los campos de Sedan, donde se renovaban todas las desgracias de Waterlloo, sin ninguna de sus grandezas y sin ninguna de sus glorias.

Encontrábase Europa á la sazón bien triste y bien desgarrada: amenazas permanentes de una reaccion todavía más implacable en España; hambre y temor de la guerra en Fran-

cia; inquietudes enormes y armamentos formidables en Alemania; tremendas conjuraciones de los fenianos en Inglaterra, que anunciaban una nueva catástrofe social; remedios heroicos y desesperados del Austria para salvarse de una muerte cierta; esfuerzos de Grecia, que perturbaban el Oriente, y extrañas conmociones de Portugal, que perturbaban el Occidente; mientras Rusia, atenta á todas estas catástrofes, que se anunciaban como las primeras oscilaciones de un gran terremoto, preparaba sus ejércitos para sostener su política de invasion y de conquista lo mismo en Asia que en Europa. El espectáculo era verdaderamente artístico y teatral por las emociones que inspiraba, si no se hubiera visto ya en vision anticipada chorrear tanta sangre. Artístico era el espectáculo del Circo Romano: las damas medio desnudas teñidas con los reflejos del toldo de púrpura; los senadores con sus togas blancas; los coros de mancebos y doncellas entonando á los acordes de la música versos de los antiguos poetas; el pueblo conmovido é irritado como el Océano en

tormenta; los sacerdotes ofreciendo sobre el ara de mármol, cincelada por maravillosos escultores, las víctimas ceñidas de guirnal-das; los diversos combatientes, ya desnudos como las estatuas griegas, ya vestidos de pintorescos trajes, sobre magníficos carros; el tumulto de millares de espectadores que llenaban el aire con la tempestad de sus aclamaciones. Pero luego vibraban las armas, comenzaban las heridas, chorreaba la sangre y quedaba sobre la arena enrojecida un monton de cadáveres. Imaginaos tres millones de hombres, magníficamente equipados, moviéndose para llenar los campos de batalla, y vereis algo épico. Pero imaginaos Europa, cubierta de incendios y de matanzas desde los montes Ourales hasta el Pirineo, y el corazon se os partirá de dolor, y la conciencia se os sublevará de rabia al ver que se llaman pueblos civilizados los pueblos capaces de tamaña barbarie.

Y por todas partes sólo se hablaba de guerra. Los franceses eran los más provocadores á la batalla, y los alemanes los más seguros de la victoria. El armamento de sus ejércitos, con el fusil Chassepot, habia inflamado la antigua cólera guerrera de Francia; mientras se armaba Prusia con madurez y con sigilo. Pero el mal del Imperio no estaba tanto en las dificultades exteriores como en la perturbacion que estas dificultades le suscitaban dentro de sus propios dominios. Por todas partes, en estos cuatro años de decadencia, conjuraciones misteriosas, protestas de los partidos, artículos incendiarios en la prensa política y en la prensa literaria, discursos amenazadores desde las Academias hasta los clubs, invocaciones á la República, estallido de la cólera, manifestaciones á las puertas de Francia así en los congresos políticos y en los congresos científicos, procesiones á los cementerios en honor de los mártires de la República y de las víctimas del Imperio, el calor de la revolucion, extendiéndose desde las tabernas hasta los palacios, la

protesta contra el cesarismo, oyéndose tanto en los tumultos de Belle-Ville como en los discursos de la Sorbona. No habia remedio. Estaba muerto moralmente el Imperio. Sólo faltaba que viniera una de esas catástrofes supremas que la limitada inteligencia humana no preve, ni el corazon presente, á envolverlo en su triste sudario y darle tierra.

El dia 1.º de Noviembre, en uno de estos adversos años, agitóse por extraordinaria y extraña manera la opinion pública en París. Esta agitacion provino de evocar triste recuerdo y celebrar piadosísima memoria. Celebróse el aniversario de un hecho, cuya historia debe tenerse presente. Era la mañana siniestra que siguió á la noche triste del golpe de estado. Los representantes del pueblo, heridos en su inviolabilidad y en su soberanía, protestaron en contra de este criminal atentado que renovaba el perjurio, la infamia del 18 de Brumario, y traia la sombra nefasta y aborrecida del Imperio. Unos fueron arrestados, otros presos, muchos sorprendidos en sus casas y en sus camas á guisa de criminales, todos perseguidos é injuriados. Entre los que lograron salvarse de la primera criminal tentativa, encontrábase el representante Baudin, hombre de rarísimas cualidades, si no de inteligencia, de corazon y de carácter. A la agresion creyó que debia responder con la defensa. Nunca como entonces pudieron llamarse las barricadas levantadas á la insurreccion altares erigidos al derecho. Pero el pueblo estaba frio, indiferente al trágico y supremo combate. Los desencantos que le produjera la pérdida de sus ilusiones con el desvanecimiento de sus utopias; la predicacion de los goces materiales y de los fines útiles en la dañosa propaganda socialista; los errores mismos de la Asamblea disuelta y sus ataques furiosos al sufragio universal; la artera propaganda napoleónica, que atribuia escaso precio á los derechos naturales, á la democracia, á la República, enconaron de tal suerte los ánimos contra los

diputados más íntegros y más ilustres, que su voz, en demanda de auxilio para el derecho, se estrellaba sin ecos en la glacial indiferencia del pueblo. Parecian aquellas muchedumbres inertes, implacables, frias, reparaciones de aquel pueblo romano de los dias del Imperio, que iba con el mismo contento y la misma indiferencia á presenciar las luchas de las facciones en las calles y las luchas de las fieras en los circos.

Baudin se dirigió á un grupo de trabajadores del barrio de San Antonio y les dijo: «Venid á pelear por nosotros y con nosotros.» «¿Qué nos importan á nosotros, gritaron ellos, vuestros veinticinco francos?» Aludian á la dieta pagaba por el Erario á los diputados: que á tal extremo tenian corrompidas aquellos hombres sus conciencias. «Ahora vereis cómo se muere por veinticinco francos, respondió Baudin á los futuros esclavos.» Y tomando un fusil, se fué á una barricada, se opuso casi solo al paso de las tropas, y cayó y murió en el acto.

Este sublime suceso digno de figurar en la historia de los antiguos héroes, fué conmemorado por todos cuantos sentian las cadenas de la servidumbre, y echaban de ménos la asesinada República. En grandes grupos, en procesiones numerosas, recogidos como cumple á un acto religioso, silenciosos como la muerte, iban aquellos ciudadanos, regenerados, fortalecidos por el culto á la libertad, transformados en el etéreo baño de las nuevas ideas, á desagraviar con la ofrenda de una corona, de una oracion, de una lágrima los manes del mártir en el dia de la conmemoracion de los difuntos. París, que ama mucho á sus muertos, tiene franco el paso en este aniversario solemne á todos los cementerios. El Emperador comprendió lo que significaba el culto á Baudin, y rodeó de policia su tumba como si quisiera oprimirlo hasta en el sueño de la muerte. Es verdad que la manifestacion recordaba aquella triste noche de atentados y de sobresaltos; aquellos inquisi-

toriales y siniestros esbirros que abrían las puertas y violaban el sueño como los ladrones; aquellas orgías de los soldados ébrios mandados y presididos por un magistrado á quien los pueblos habian conferido la sublime dignidad de Wasingthon y á quien el crimen elevaba á la siniestra dictadura de César; aquellos fusilamientos en las calles ennegrecidas por el humo de la pólvora y manchadas con torrentes de sangre; pero nadie puede borrar los grandes crímenes de la historia ni el horror inextinguible, que esos crímenes inspiran, del seno de la humana conciencia. Y los manifestantes fueron detenidos ante la tumba, como si cometieran un atentado, y conducidos á la cárcel como prisioneros vulgares,

Quejábanse los así maltratados de que no hay garantías para la seguridad individual en Estado donde los agentes del gobierno pueden detener á los ciudadanos pacíficos tan arbitrariamente como ellos fueron detenidos, y apresarlos tan arbitrariamente como ellos fueron apresados. Mr. Cremieux, célebre abogado, en largo informe que acababa de publicar como hombre de ley, aseguraba que existia en los detenidos derecho para exigir responsabilidad á los agentes de la policia. Pero este derecho se halla completamente burlado por las leyes de Francia. Para procesar á un agente del gobierno era necesaria la autorizacion previa del Consejo de Estado y del ministro del Interior. Y como el ministro del Interior niega la autorizacion de procesar á los que se han excedido un tanto en el celo necesario para cumplir sus órdenes, no hay medio de garantizar los derechos del ciudadano, ni el más sagrado entre todos ellos, la seguridad individual. Pocos dias despues de los arrestos publicaba Mr. Pinard uno de esos comunicados allí tan frecuentes, en el cual decia que sus agentes no habian faltado en nada ni al derecho de los ciudadanos ni á las prescripciones de la ley. Emilio Girardin propuso, á consecuencia de esto,